

FRANCISCO JOSÉ PEÑA RODRÍGUEZ

La década del cambio en España
(1979-1989)

Crónica de los ochenta desde Madrid



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
-ANAQUEL DE HISTORIA, n°19-
MADRID • MMXXIV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © FRANCISCO JOSÉ PEÑA RODRÍGUEZ

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Corrección ortotipográfica: LETICIA MERCADO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © paulrommer depositphotos



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: SEPTIEMBRE 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-79-2

Depósito legal: M-21029-2024

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Í N D I C E

Sobre Madrid	pág	7
Dedicatoria y agradecimientos	pág	9
Prólogo, por Juan Barranco Gallardo	pág	11
Post-Prólogo, por Manuel Ortiz Heras	pág	17
Introducción personal sobre Madrid y la década de 1980	pág	25
La ciudad que he vivido: un Madrid distinto	pág	38
Madrid, entrevistado	pág	45
1. El Madrid político del tardofranquismo y la transición	pág	51
Madrid en 1976	pág	53
Los alcaldes del tardofranquismo (1973-1979)	pág	59
2. Las elecciones municipales del 3 de abril de 1979	pág	69
Cuestiones sobre las elecciones generales de 1977-1979	pág	71
Hacia las elecciones municipales	pág	78
La configuración de las listas	pág	85
Campaña electoral y resultados	pág	88
3. El tiempo de Enrique Tierno Galván	pág	97
Enrique Tierno Galván	pág	100
Del PSP al PSOE	pág	106
Memoria actual de Tierno Galván	pág	109
4. Joaquín Leguina y Juan Barranco	pág	115
Joaquín Leguina	pág	116
Juan Barranco	pág	122
Algunas crisis iniciales en el PSOE y la FSM	pág	127
5. ETA y otras tragedias madrileñas	pág	133
El Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida	pág	136
Una pandemia ochentera: las drogas	pág	139
La noche del teniente coronel	pág	348

Dos trágicos incendios	pág 155
ETA y otras malas hierbas	pág 162
6. Madrid se hace comunidad autónoma en 1983	pág 169
El no de Castilla-La Mancha	pág 169
Madrid se convierte en comunidad autónoma... ..	pág 171
Las elecciones a la Asamblea de Madrid de 1983	pág 177
... y Tierno Galván sacó mayoría absoluta	pág 179
7. De la muerte de Tierno Galván a las elecciones de 1987	pág 187
La “Operación Roca” no rompe el bipartidismo en Madrid	pág 193
Mario Conde se mete en política	pág 196
¿Regionalismo madrileño?	pág 200
8. Suárez y el CDS se centran en Madrid	pág 211
Lío en AP, ascenso del CDS y dos operaciones políticas: “Faro” y “Chirac”	pág 215
Las municipales y autonómicas de 1987	pág 220
Barranco y Leguina siguen gestionando Madrid	pág 230
...Y llegó la temida moción de censura	pág 240
9. De la movida al Madrid Capital Europea de la Cultura 1992 ...	pág 249
La movida madrileña	pág 251
Un presidente de novelas y otros narradores	pág 259
No faltó el fútbol... ..	pág 269
... ni tampoco el cine ni el teatro	pág 273
Madrid, capital de la poesía y la cultura	pág 284
10. Epílogo: el camino a los noventa	pág 291
Notas adicionales y generales a los capítulos	pág 305
Bibliografía	pág 315
Índice onomástico	pág 323

S O B R E M A D R I D

Ciudades para las personas

Enrique Tierno Galván

Si algo se sienten los madrileños es españoles

Joaquín Leguina

Aquí uno puede sentirse madrileño sin necesidad de renunciar a sus raíces

Juan Barranco

Madrid es una ciudad agradecida al resto de España

Alberto Ruiz-Gallardón

Madrid es nexo de conexión cultural y económica con Hispanoamérica

José María Álvarez del Manzano

Madrid, primera ciudad estructurada de la vida económica y cultural del Estado

Agustín Rodríguez Sahagún

www.cuadernosdelaberinto.com

DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS

Este libro surgió como continuación del último capítulo incluido en la obra *De Alfonso XIII a Tierno Galván. Estampas del siglo XX español* (Cuadernos del Laberinto, 2022), cuyo título es “Las elecciones municipales de 1979 en Madrid: del tardofranquismo a Tierno Galván”. Tras la publicación, algunos lectores me sugirieron seguir contando lo ocurrido después; es decir, narrar la década de los 80, y esta es la respuesta a esa petición.

El libro está dedicado en primer lugar y especialmente a mis padres, que han entregado sus mejores años laborales a la ciudad de Madrid, y, algo más extensamente, a mi madre, que conoció conmigo la capital que aquí aparece, cuando en esos años ochenta viajábamos los dos en tren para asistir a una cita médica en la desaparecida Clínica Puerta de Hierro (actualmente ubicada en Majadahonda).

Estas páginas están dedicadas también a Joaquín Leguina y a Juan Barranco, por apoyarlas decididamente con sus recuerdos y comentarios, que son, en definitiva, una auténtica memoria de Madrid.

Los agradecimientos son múltiples, con especial atención a todos los que han atendido mi petición de entrevista o conversación sobre los años ochenta, quienes aparecen anotados en la bibliografía. Quiero pararme especialmente en Manuel Ortiz Heras, profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha, cuyo indudable magisterio siempre me ayuda a aprender del pasado con una sencilla conversación. También a la profesora Rebeca Solís Berni, cuyos recuerdos del Madrid de hace cuarenta años me han sido valiosísimos: su ayuda al hablar de Villaverde me ha permitido establecer diferencias y similitudes con el barrio de Salamanca y otras zonas.

No puedo olvidarme de agradecer sus valiosas observaciones —y correcciones—, cuando el manuscrito ya estaba terminado, a Rebeca Solís, Manuel Ortiz Heras y a mi hermana, Leticia Peña, nacida en el Madrid al que se refiere el epílogo de esta monografía. Por supuesto, a la

editora Alicia Arés, por su amistad y por creer en este libro. Igualmente a Leticia Mercado, por sus valiosas correcciones al manuscrito de este trabajo.

Y a aquellas personas que sabían o intuían la gestación de este volumen y no han conocido los ochenta, porque nacieron después: Clara Martínez, Raquel Rocamora, Irene Herreros, Alba Guardiola, Laura Bautista, Úrsula Nicolás, Patricia Sánchez y Silvia Company. Espero que esta historia les sirva a todas ellas, y a los lectores, para saber más de nuestro pasado reciente.

www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

Creo que todos los esfuerzos por reconstruir la historia son importantes y, sin ninguna duda, este de Francisco Peña en forma de recorrido detallado por los años ochenta es un valioso ejemplo de cómo tratar los acontecimientos pasados con rigor, claridad, precisión de cirujano y elegancia estética en el trato de los datos y los detalles para hacérselos llegar a un público abierto que quiera indagar con curiosidad en nuestro pasado reciente, el que, de una forma u otra, con sus aciertos y sus errores, nos ha configurado en un amplio sentido como la sociedad que somos hoy.

Antes de los ochenta, España acababa de salir de una dictadura terrible que no por estar agonizando en sus últimos estertores dejó de ser cruel y brutal hasta el final. Los últimos coletazos del régimen franquista fueron despiadados y desalmados: solo un mes antes de la muerte del dictador aún firmaba y ejecutaba sentencias de muerte.

La represión era el lenguaje de la época: ahí nos situábamos, en un país atrasado, fruto de una guerra brutal, sumido en una dictadura personalista y un régimen que había sustituido la razón por la adhesión inquebrantable, al que me opuse desde que tuve conciencia y di forma militante a mi compromiso con la libertad.

Los años setenta fueron una sucesión de hitos que sembrarían de esperanza la década siguiente. No se pueden entender los ochenta sin la reforma democrática o las primeras elecciones libres de 1977, periodo de transición que alumbraría la Constitución, la mejor contribución de mi generación a la historia de España: la primera Constitución que no era de parte, que no era contra otros y que se hacía por consenso institucional entre todos los que habían decidido mirar al futuro y relegar lo más oscuro del pasado. Y la gente lo premió: la sociedad dejó el letargo franquista y se dispuso a vivir la experiencia democrática de forma activa.

En 1981, un grotesco golpe de estado que viví en el Congreso de los Diputados con horror y desilusión —tal y como recoge el autor en las

páginas de esta obra— pondría fin, al revés de lo que pretendía, a cualquier posibilidad de involución. Al revés, con aquel terrible sainete de Tejero daba comienzo la que Paco Umbral llamaría, con acierto, la década roja, los mejores años de la historia democrática española. Y, desde luego, de Madrid.

Los grandes protagonistas de los ochenta —verdadera década prodigiosa, como se verá en el libro— fueron los hechos y acontecimientos que hicieron fuerte nuestra democracia, que la hicieron familiar y cotidiana, que hicieron de ella aquello que Suárez había definido ya años atrás, al iniciar el proceso de transformación democrática, como elevar a la categoría de normal lo que en la calle ya lo era.

Así, los años ochenta fueron los de un proceso de afianzamiento institucional sin precedentes que dirigió desde la Moncloa Felipe González y al que contribuyeron hombres y mujeres de distintas generaciones, los de la guerra y la resistencia antifranquista, los del silencio obligado y los de la miseria sin esperanza, que habíamos sido hasta entonces los perdedores de la historia.

Entramos en la Europa comunitaria, desarrollamos el estado autonómico, creció la democracia municipal, se puso en marcha el estado del bienestar, cuyos pilares básicos se afianzaron en unos pocos años cuando Europa nos llevaba ya décadas de ventaja.

Pusimos el reloj de España en hora.

Y eso fue posible gracias a la voluntad mayoritaria de los españoles y al acierto de un partido, el PSOE, que entendió mejor que nadie los sueños, las aspiraciones y las esperanzas de un pueblo maltratado por la historia que tenía al alcance de su mano una oportunidad de reconciliación y progreso sin precedentes en un proyecto común.

Yo viví en primera persona la recuperación democrática del Ayuntamiento de Madrid. Lo hice como socialista, como dirigente de mi partido, como madrileño —inmigrante arraigado a una tierra que me acogió en la adolescencia—, y sobre todo como colaborador del gran protagonista de aquel Madrid: don Enrique Tierno Galván.

La década roja fue la de la movida madrileña, una expresión popular de libertad cultural sin precedentes en nuestro país, y también la del cambio. Sobre todo, fue la del cambio.

Don Enrique entendió mejor que nadie cómo había que construir un Madrid moderno, un Madrid integrador que asumiera los aspectos más característicos de la tradición madrileña e incorporara la mirada moderna de las nuevas generaciones con su impulso cultural y transformador. Y yo tuve el privilegio de trabajar en ello.

Nunca antes la ciudad había disfrutado de tanta diversidad y de tanta complicidad, nunca antes —y nunca después— habíamos conocido en Madrid tanto respeto a la diferencia y aceptado, casi hasta con respetuosa indiferencia, la pluralidad de expresiones vitales que había entonces en lo que hoy algún tertuliano llamaría engoladamente el *ecosistema social*: punkis y chulapas, por poner un ejemplo de contraste, disfrutando del placer de ser madrileños en una ciudad abierta que crecía en tolerancia bajo el liderazgo sencillo, sereno y humilde de su alcalde.

Mi mirada, como es lógico, es subjetiva. Pero creo que hay datos que son elocuentes. En los tiempos de Tierno Galván se construyó el ayuntamiento moderno que no existía. Y lo hicimos **de abajo a arriba**: reformando y renovando desde las juntas municipales la estructura central, fortaleciendo la administración, pero descentralizándola para llegar adecuadamente a todos los barrios; **de la periferia al centro**: abordando las urgentes necesidades de los barrios más castigados por el abandono franquista, donde el agua, el asfalto o el saneamiento más elemental eran urgencias inapelables; **de menos a más**: sumando la experiencia y el conocimiento de los ciudadanos, contando de forma real con las asociaciones vecinales —que tanto habían luchado en el pasado—, con los vecinos y vecinas de los barrios y otras entidades ciudadanas y culturales, ampliando la participación y haciendo de la democracia un bien común en el que todos tuvieran voz.

De las grandes ideas de entonces, las del reequilibrio entre los distritos de Madrid o las 30.000 viviendas sociales que construimos, la operación Madrid Sur —desaparición de chabolismo en Entrevías y el Pozo del Tío Raimundo—, surgió la ciudad en la que creíamos, obra que empezamos con don Enrique y que la trágica muerte del viejo profesor, que tanto impresionó a la ciudad y al país entero, nos impulsó a continuar con nuevas tareas.

Me siento muy orgulloso —creo que el libro lo refleja muy bien— de haber trabajado con una persona tan singular y especial como Tierno

Galván, quien forma parte de una de las etapas más gratificantes de mi carrera política y, más allá de ella, de mi vida personal, pues el enriquecimiento vital que me aportó difícilmente podría haberlo conseguido de otra forma. Sería injusto si no reconociera, al mismo tiempo, la labor de los concejales y concejalas con los que formamos equipo tanto don Enrique como en los diez años que el PSOE gobernó el Ayuntamiento.

Creo que ser alcalde de Madrid ha sido una de las cosas más importantes de mi vida, como lo es mi familia: mi mujer, Esther, mis hijos y mis nietas. He tenido otras responsabilidades, y a todas he dedicado lo mejor de mí mismo: en el partido, en el Congreso y en el Senado o en la Asamblea de Madrid. Pero trabajar con el viejo profesor y ser alcalde de Madrid colmó sobradamente todas las aspiraciones que hubiera podido tener.

Ser alcalde de mi ciudad, siendo yo un inmigrante andaluz de origen y un vallecano de corazón, para mí representa el significado de toda una trayectoria de implicación política que empezó en las reuniones clandestinas, entre carreras delante de los grises o detenido en la Dirección General de Seguridad; a donde, por cierto, volví en una visita bien distinta, cuando Joaquín Leguina la convirtió en la sede oficial de la Comunidad.

Del mismo modo, me siento muy satisfecho de haber coincidido en la política activa con personas como Felipe González, Alfonso Guerra o Joaquín Leguina y José Acosta, con quienes compartí las tareas de la gestión política de la ya vieja FSM, construyendo un partido que ganaba elecciones, no solo autonómicas o en la ciudad de Madrid, sino generales, y en la inmensa mayoría de los municipios de la Comunidad de Madrid. Algo que hace años que no sucede, desgraciadamente.

Mirar y atender a la obra hecha —a la política y a la institucional— ayuda a entender muchas cosas, a diferenciar proyectos políticos y elegir entre propuestas, porque la gestión debería ser un elemento determinante de la respuesta ciudadana ante las instituciones.

De aquella experiencia municipal que tan bien relata el libro, tengo para mí la certeza de que una parte esencial de aquellos proyectos es la base hoy de las nuevas obras que se han llevado adelante por otras administraciones. Sin la depuración y limpieza del Manzanares, sin la plantación de nuevas especies y sin soltar familias de patos en el río, es

decir, sin cambiar la mirada sobre la ciudad, dejando de dar la espalda al Manzanares no hubiera sido posible Madrid Río; si no hubiéramos promovido el Consorcio de Transportes, las políticas de precios y de movilidad que hoy se adoptan habría sido imposibles, de igual modo que sin IFEMA y el Campo de las Naciones la ciudad no estaría pensando ahora en meterse en un circuito de Fórmula 1, ni hubiera sido posible algo tan espectacular para Madrid como ARCO o FITUR; sin el pasillo verde ferroviario y sin desmantelar el scalextric de Atocha, ahora no sería posible que la UNESCO hubiera considerado el Pasaje de la Luz, y sin las escuelas de música, sin los centros culturales de los barrios, sin los polideportivos y piscinas... sin todo aquello, Madrid, el Madrid de la inmensa mayoría de vecinos, no habría salido del subdesarrollo al que lo había condenado la política franquista.

Sí, no se equivocaba Umbral: fue una década roja, porque todo eso lo hicimos en aquellos años hirvientes de ilusiones al ritmo en que España cambiaba para siempre, en una de sus etapas más asombrosas de desarrollo, progreso y bienestar, bajo la seña de identidad del socialismo democrático que representábamos.

Hoy todo resulta más “líquido”, como dicen algunos politólogos, y se resta valor a lo que tanto esfuerzo costó construir. Hay una tendencia a la banalización de la política, al espectáculo populista y al adanismo que tiende a simplificar los esfuerzos del pasado. Por eso, obras como esta ayudan a dar luz al periodo que se oscurece intencionadamente ahora para darse una importancia que no se tiene.

Los buenos proyectos políticos son los que son capaces de asentarse en el tiempo, que crecen en madurez y ganan en experiencia y conocimiento. En aquellos años ochenta, aprendíamos al mismo tiempo que hacíamos las cosas sin arrogancia y sin vanidad, cambiamos la vida de mucha gente. Y creo honestamente que lo hicimos para bien.

Espero que disfruten con este libro como yo lo he hecho.

Juan Barranco Gallardo

Alcalde de Madrid (1986-1989)

www.cuadernosdelaberinto.com

POSTPRÓLOGO

Los españoles tenemos un problema con la Historia. La utilizamos a discreción, pero “de oídas”, porque leer, realmente, leemos poco. Eso, al menos, es lo que dicen las encuestas y los libreros. Además, la aprendemos poco y mal, en general. La Historia reciente, particularmente, se nos escapa del currículo académico. Algo que repito cada vez que tengo oportunidad es que apenas hemos estudiado, o lo hemos hecho mucho menos de lo debido en el mejor de los casos, los años de la II República, la guerra civil y la dictadura franquista. Ahora, por desgracia, a ese triste y gris panorama que sigue tan necesitado de esfuerzo y horarios en los programas de las asignaturas competentes en la educación preuniversitaria, hay que añadir el periodo de la transición y, por descontado, el de la democracia. Así las cosas, lo que usted, lector, tiene entre las manos es una estupenda oportunidad para poner luz a un periodo crucial para entendernos como sociedad y como nación.

Lo más probable es que la década de los años ochenta del siglo XX no la hayan estudiado nunca. Si tienen menos de cuarenta años, la situación se agrava porque tampoco los han vivido y sus conocimientos sobre lo que Paco Peña les cuenta aquí les resultarán insuficientes o apenas guardarán relación vagamente con alguna serie de televisión, película o novela que hayan tenido la suerte de manejar. Peor todavía, por su parcialidad o subjetividad, si la única referencia que tienen es a través de alguna experiencia vivida que les hayan transmitido sus familiares o amigos. Sin embargo, lo que en el mundo académico empezamos a hacer de manera ya profusa tendría que convertirse con urgencia en materia prioritaria para todos, porque en ello nos va la comprensión del presente: de dónde venimos, nada más y nada menos.

Los años ochenta representan en la actualidad un periodo extraordinario para muchas personas, y, desde luego, también lo fueron para mí. Por eso, cuando Paco Peña me pidió que le escribiera algo a modo de

prólogo me sentí, además de agradecido, entusiasmado por la idea de evocar un tiempo que marcó mi vida y creo que la de varias generaciones. Entenderán ustedes esta aparente contradicción que se puede desprender de lo que aquí les cuento —como historiador, pero también como ciudadano anónimo— y que seguramente se podría extrapolar a otras situaciones, porque no se trató de un periodo más, pero tampoco de algo extraordinariamente positivo, aunque tampoco un tiempo que lamentar.

Sería fácil repasar una somera lista de acontecimientos para comprobar que el mundo estaba, casi sin preverlo, ante el final de un ciclo y el comienzo de lo que ahora ya podemos calificar como una larga etapa de transición hacia un escenario tremendamente complejo en todos sus posibles aspectos: político, económico, social o cultural. Aquella década terminaría con el final de la Guerra Fría, después de la implosión de la Unión Soviética. Fukuyama nos hablaba del final de la Historia, dando a entender que aquella terrible película que el mundo había vivido bajo el signo de la bipolaridad había terminado con un final feliz, el triunfo de los “buenos”, en un planteamiento maniqueo que suele ser hegemónico. Desde entonces y solo en teoría, el planeta sería mucho más amable, y emprenderíamos una senda de inequívoco progreso, amparados por el sistema capitalista, y una suerte de democracia que, frente al fracaso socialista, ocultaba profundos problemas y taras que no tardarían en dar la cara de manera dramática. Desde la perspectiva del comienzo de una larga etapa de gobiernos progresistas que se inició con las elecciones de 1982, en nuestro país se inauguraba entonces un periodo marcado por un contexto internacional hostil dominado por el neoliberalismo que venía de EE.UU. con Reagan, del R.U. con Margaret Thatcher y, poco después, desde Alemania con Helmut Kohl.

Para los españoles, los años ochenta representan un tiempo de profunda transformación. A pesar de lo que algunos erróneamente siguen afirmando, todavía no se había terminado el proceso transicional que nos condujo con un éxito sorprendente desde la dictadura franquista a una democracia homologable con los países de nuestro entorno. Si bien desde la muerte del dictador en 1975 se habían dado pasos muy importantes para el asentamiento del nuevo sistema político que nos devolvía las libertades y los derechos fundamentales, la transformación requería

tanta ingeniería y maduración que fueron necesarios todavía los ajustes del primer lustro de aquella década para poder confirmar que definitivamente nuestra nación se podía considerar ya plenamente democrática. La Constitución de 1978, de cuya entrada en vigor se acaban de cumplir nada más y nada menos que 45 años, constituyó un éxito sin paliativos que también requería otros complementos fundamentales que tienen que ver con la novedosa fórmula del mapa autonómico y la imprescindible alquimia que diera por fin respuesta a nuestro aislamiento internacional, que se había ido confirmando progresivamente desde el desastre de 1898. En ese sentido, la entrada del país en la OTAN, previo referéndum de confirmación, y la adhesión a las Comunidades Europeas, después de un largo y muy trabajoso proceso de negociación, fueron los hitos más rotundos. Sin embargo, todo ello requirió de un recorrido electoral basado en la creación de un sistema de partidos políticos que, tras la sopa de letras de la primera convocatoria en junio de 1977, daría paso a una suerte de bipartidismo que contó con la colaboración puntual de algunas formaciones nacionalistas de la periferia. Aquella ingeniería política, construida con mucho tacto para asegurar estabilidad política y garantías a las estructuras de poder que habían manejado la transición, dio los resultados necesarios para sortear las enormes dificultades que dentro y fuera del país se regatearon en aquellos años. Se trata de una etapa en la que, tras la crisis y casi desaparición de la UCD de Suárez, el camino quedó expedito para un socialismo reconvertido en socialdemocracia que apenas contó con la tímida y tambaleante oposición de una Alianza Popular lastrada por el liderazgo de Fraga y una errática estrategia que tardaría en encontrar firmeza hasta casi el final de aquellos años.

La etapa estuvo dominada por iniciativas sociales, sobre todo en educación y sanidad, que contribuyeron a la modernización social con medidas que transformaron para bien las relaciones laborales y concedieron derechos como el aborto. Mas no olvidemos que los setenta estuvieron constreñidos por una profunda crisis económica, la de 1973, que repuntaría en 1979 y que condicionó primero la crisis de la dictadura y luego la construcción del nuevo Estado. Las dificultades económicas mermaron las posibilidades del naciente estado del bienestar —¡qué maravilloso logro!— e impidieron políticas más ambiciosas para eliminar la

importante lacra de la desigualdad social y territorial que nos legó el franquismo.

La voluntad de consenso, los Pactos de la Moncloa, y el nuevo contexto económico de los ochenta mitigarían los primeros nubarrones de una economía lastrada por la inflación y las enormes bolsas de parados que a lo largo de los años posteriores este país no ha sabido o podido eliminar, hasta convertirlas en una rémora capital. Pero no terminan aquí los colosales problemas que este país afrontó desde comienzos de los ochenta. Como el autor nos relata en las páginas que siguen, el llamado ruido de sables protagonizado incesantemente por los militares y los atentados terroristas perpetrados sobre todo por la banda armada ETA, aunque no solo por ella, representan dos de los hándicaps más sobresalientes. Podría seguir enumerando otros muchos, pero, sin ánimo de exhaustividad, me detengo aquí por falta de espacio, aunque con el ánimo de advertir que el periodo objeto de estudio de este trabajo no representa un tiempo feliz, una especie de Arcadia a la que hubiera que volver o tener como referencia permanente para mejorar nuestro desabrido presente. Lo digo porque corremos el riesgo de dejarnos llevar por una especie de memoria sentimental, como ocurrió con los años veinte, por el inequívoco éxito de una especie de leyenda que ha contribuido a la añoranza de unos años que, supuestamente, deberíamos venerar. Por el camino quedaron la conflictividad de una sociedad que colapsó el país con la huelga general de 1988 y que ya daba síntomas contundentes de desencanto y malestar ante un sistema que apenas habíamos empezado a saborear, afectada por los primeros síntomas de la corrupción política y la crispación partidista y mediática.

Los que ahora ocupan el poder fueron en los ochenta, es decir, hace ahora cuarenta años aproximadamente, los jóvenes que protagonizaron en su juventud una serie de cambios rupturistas con la generación anterior y transformaron ciertos patrones de comportamiento en un mundo ya muy globalizado, porque lo referido no es algo que se circunscriba solo al ámbito español. Pero, además, otro factor que explica la atracción sublime de aquella década, tal vez solo comparable a la de los sesenta, es una indiscutible nostalgia por el tiempo transcurrido, a todas luces comprensible desde un punto de vista vital. Se trata de una mirada al pasado muy afectada por la insatisfacción que para muchos supone un presente en el

que no se reconocen, aunque sean también artífices de él y, por tanto, responsables. No falta en esa percepción subjetiva una especie de resistencia fetichista con la que se pretende reivindicar un tiempo concebido por esta generación como más auténtico y estable, incluso, podríamos asegurar, más sencillo. El éxito de esta añoranza colectiva ha calado en otras generaciones, hasta el punto de que podemos hablar de una *estética ochentera*, que se ha consolidado a través de toda una serie de productos que van desde la moda o la televisión hasta los videojuegos y la música o el cine. Esta reinterpretación o construcción de un relato mítico de los ochenta, salpicado de falsa nostalgia, ha contado de esta forma con productos icónicos que se han mercantilizado y han dado lugar a una fórmula de éxito con la que explicar esa visión del pasado reciente. Esto ha hecho que generaciones posteriores, que no conocieron ni han estudiado aquel periodo, hayan caído en la trampa de exaltar unos años convertidos en aquella especie de *Mundo feliz* que tiene poco que ver con la realidad. Lo curioso es que aquella fórmula se basa sobre todo en un artefacto cultural que pretendía construir un mundo atractivo y deseable para lo que el modo de vida americano, el de los Estados Unidos concretamente, representaba el arquetipo perfecto. Y eso conecta en España con el relato socialista, que ha querido construir, a su vez, un mito de su etapa de gobierno inicial que, en gran parte, coincide con la llamada transición, ese inmaculado e idolatrado periodo de la pretendida Historia oficial.

Así las cosas, yo les propongo un ejercicio de exploración y reflexión, si me lo permiten, de tal forma que, como en las monedas, busquemos en este libro la cruz de cada cara a medida que vayamos avanzando en esta lectura. Como historiador, tengo más bien una imagen de modernización y crecimiento con pesados lastres a nuestras espaldas cuando analizo el periodo; como individuo, por el contrario, la banda sonora de aquellos años estaría preñada de sobresaltos maravillosos que empezarían por el inicio de mis estudios universitarios, la experiencia de madurez alejado de la familia y el comienzo de mi singladura profesional en la Universidad, que me ha llevado hasta aquí. Es como si recordara la letra de algunas canciones de cantautores que nos ofrecían una visión crítica de la vida, como la Mandrágora, a la par que visualizara músicas y músicos que apostaban por melodías suaves y placenteras. Todo a la vez, con una

televisión en la que aparecían muchas mujeres que rompían con los estándares machistas dominantes, donde se exhibían anatomías excitantes que escandalizaban a las personas “de orden”. Fue una sociedad que quiso recuperar el tiempo perdido y que no siempre digirió bien lo que descubría.

Me pedía el autor en su momento alguna imagen de mis propias vivencias, y he encontrado tres que tal vez puedan ilustrar de alguna forma mis sensaciones. La primera tiene que ver con el trabajo y la formación. Me pagué los estudios, además de disfrutando de varias becas, trabajando en la hostelería, y pude comprobar de primera mano lo que representaba la masiva llegada de turistas europeos a nuestras costas, pero esa teórica modernización la viví con mucha angustia porque se trataba de un esfuerzo físico y personal que me impedía disfrutar de otros placeres más mundanos. La segunda, ya comenzada mi trayectoria profesional académica, me llevó a enfrentarme con la lacra del terrorismo. En mi periplo semanal hasta la facultad donde impartía docencia pasaba por la cárcel de Herrera de la Mancha, en la provincia de Ciudad Real, donde entonces, como en tantas otras cárceles españolas, se hallaban confinados presos etarras cumpliendo sentencia. Aquellos primeros viajes los hacía con un vehículo matrícula de Bilbao que mi padre había adquirido de segunda mano a un guardia civil destinado al País Vasco, lo que me suponía una constante molestia, porque los controles policiales se cebaban en aquel coche tan “sospechoso”. Alejados del norte o de la capital, la mayoría de los españoles vivió el fenómeno de la violencia a la distancia, por televisión, pero aquello me hacía estar mucho más en contacto con un problema que de alguna manera nos marcó a todos. Por último, ya al final del periodo, también tuve que cumplir con el temido y ya muy impopular servicio militar. Después de dudarle mucho, porque en 1985 se aprobó la Ley de Objeción de Conciencia a la que con gusto me habría acogido, me incliné por el beneficio de un privilegio que afectaba fundamentalmente a deportistas de élite o profesionales con una determinada carrera profesional. Eso me supuso disfrutar de un destino más “cómodo” después del inevitable periodo de instrucción. En mi caso, fue el Gobierno militar de Albacete donde tuve la oportunidad de conocer, “en primera persona”, a algunos oficiales que representaban, creo que fielmente, al Ejército espa-

ñol. Les recuerdo que eran los años de gobiernos socialistas y aquellos profesionales de la milicia no terminaban de asumir su rol en la España democrática, lo que me sirvió para conocer con cierto escepticismo su verdadera naturaleza, aunque en lo personal bien que me vino aquel destino.

Es muy probable que lo dicho hasta aquí tenga poco que ver con un prólogo convencional. En todo caso, los animo a que lean este libro porque creo sinceramente que merece la pena que se acerquen a un periodo como fue aquella década que algunos vivimos frenéticamente. No se trata de un texto propiamente de historiador, y hasta es posible que encuentren, como me ha ocurrido a mí, discrepancias de enfoque o planteamiento deudoras, en mi caso, de mi adscripción a la Historia Social. Este trabajo se inclina mucho más por lo político y, a veces, puede estar afectado por los testimonios de algunos protagonistas. No se trata, y eso se desvela muy al comienzo de la publicación, de una Historia de Madrid, propiamente dicha. La capital, sobre todo, se convierte por momentos en el epicentro de un país en transformación, pero eso, con todas sus contradicciones, puede constituir uno de los principales alicientes de la lectura. Espero que su manejo despierte en ustedes un sentido interés, un incentivo por acercarse a aquella década, calificada de prodigiosa por los más nostálgicos, de la movida, del SIDA, de la colza, de la laicización, y de los medios de comunicación, hoy diríamos clásicos, frente a las actuales dominantes redes sociales que, a pesar de su relativa proximidad, nos recuerdan una España muy diferente, pero de la que indiscutiblemente procedemos.

En resumen, la memoria sentimental de estos años está muy marcada por la herencia de una dictadura liberticida frente a la que la joven sociedad española que emergía sorprendió por su optimismo y afán de libertad, energía y talento que se transformaron en movilizaciones y creatividad a raudales. Fue un tiempo con una televisión casi única y una experiencia de vida política y social de gran intensidad también influida por la revolución sexual y una cierta tendencia al *carpe diem* que nos inclinaba a disfrutar de placeres asequibles. No en vano muchos eligen el tema *Don't worry, be happy*, de Bobby McFerrin, líder de las listas de éxitos en 1988, como símbolo preferente, aunque a mí me cuesta mucho más elegir solo

un tema y me sigue conmoviendo aquella letra de Sabina de su emblemática canción *Calle melancolía*.

A ustedes corresponde averiguar si, a pesar de todo, fue, como muchos sostienen, una época prodigiosa o solo una década más que se integrará en la Historia como otras.

Manuel Ortiz Heras

Director del SEFT-Universidad de Castilla-La Mancha

Albacete, 22 de enero de 2024.

www.cuadernosdelaberinto.com

INTRODUCCIÓN PERSONAL SOBRE MADRID Y LA DÉCADA DE 1980

La década de mil novecientos ochenta supuso para España no solo la consolidación democrática emprendida unos años antes por la acción de gobierno de Adolfo Suárez, cuya pérdida de popularidad política —retornada casi triunfalmente en su etapa del CDS— se vislumbró prácticamente tras las generales de 1979. Aquella penúltima década del siglo XX nos trajo además el auge y caída de un Partido Socialista entregado a la modernización del país y, al mismo tiempo, desbordado por errores políticos propios, contratiempos económicos y los grandes dramas del momento: el paro, la drogadicción y la aparición súbita de un virus conocido como SIDA. Pero también aquel decenio aportó una derecha ideológica algo distinta —desde luego diferente a la CEDA de los años treinta o a la Falange de la dictadura—, quizás homologable al conservadurismo europeo, aunque electoralmente constreñida por el “techo de Fraga” entre 1982 y 1989. Para el centroderecha español sería fundamental una moción de censura en el Ayuntamiento de Madrid, votada con los primeros calores veraniegos de 1989, para introducirse en el gobierno de instituciones clave como el primer consistorio del país.

Con todo, la época no fue sencilla. El poder político español probó las mieles del éxito con la incorporación del país a la OTAN (UCD) y a la Comunidad Europea (PSOE), pero en la calle se topó con crisis estructurales que afectaron al empleo, a la economía, a la salud... y derivaron en una sensación social de estancamiento del proceso democratizador. Por si fuera poco, los partidos sufrieron el azote interno de la corrupción, ese mal endémico que aún continúa en el seno de las organizaciones clave del sistema parlamentario.

De puertas afuera, la realidad no prometía mucho más. Se puso en práctica el neoliberalismo económico cuando llegaron al poder Margaret

Thatcher en el Reino Unido, Ronald Reagan en Estados Unidos y Helmut Kohl en la República Federal de Alemania. En nuestro país, la teoría fue abrazada más tarde por un sector importante del Partido Popular —refundado el 20 de enero de 1989—, sin que se notara inicialmente en sus gobiernos territoriales de Castilla y León, Baleares, Cantabria y Madrid capital. Los españoles tenían poco tiempo para asimilar las noticias, como me explicó en una conversación reciente Manuel Ortiz Heras en la Universidad de Castilla-La Mancha, en Albacete, pues el decenio se desarrolló con la guerra de Irán-Irak (1980-1988), el conflicto del Líbano (1982), la caída de la dictadura argentina (1983), la trágica erupción del volcán Nevado del Ruiz en Colombia (1985), el terremoto de México (1986) o los dos episodios más trascendentales del momento: la catástrofe por la explosión del reactor nuclear de Chernóbil (26 de abril de 1986) y la caída del infame Muro de Berlín (9 de noviembre de 1989).

España se despertó convencida de ser una democracia plena el 29 de octubre de 1982, ya que la alternancia del bipartidismo imperfecto funcionó bien, como lo había hecho el propio sistema al frustrar el golpe de Estado de 1981. En el camino, sin embargo, fueron apareciendo episodios trágicos como la crisis del aceite de colza, que tuvo en Madrid el lugar con más casos, unos 10.000 aproximadamente, según la Cadena SER. Aquella enfermedad de la colza acabó siendo un grave problema de salud pública:

En la primavera de 1981 se detectaron en menores de la localidad de Torrejón de Ardoz, en Madrid, los primeros casos de una extraña enfermedad. En apenas dos semanas, los hospitales de la capital española colapsaron. Los primeros síntomas fueron respiratorios, con la aparición de una neumonía atípica. Los pacientes se quejaban de dolor en el pecho, dolor de cabeza, pérdida de apetito y sudoración, entre otros síntomas. [...] El pediatra Juan Casado, que atendía a los pacientes en el Hospital Niño Jesús, decidió crear un equipo de diagnóstico que incluyó a cuatro de sus colegas. “Nos reuníamos todas las mañanas para revisarlo todo, nos poníamos a trabajar con estos niños”. [...] El equipo detectó que, al contrario de lo que las autoridades sanitarias pensaban, la enfermedad no tenía un periodo de incubación bacteriana,